

MONSIEUR LOO

Géraldine Lenain

Monsieur Loo

**Historia de un marchante
de arte chino**

Traducción de
Ignacio Vidal-Folch

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Monsieur Loo. Le roman d'un marchand d'art asiatique*

© Editions Philippe Picquier, 2013

© de la traducción, Ignacio Vidal-Folch, 2015

Fotografía de la cubierta

Retrato de C.T. Loo, c. 1910

Reproducido con el consentimiento de Pagoda Paris

© Editorial Elba, S.L., 2015

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

*A Emmanuel, Benjamin, Paul, Gabriel y Eugène,
sin los que esta aventura no hubiera llegado a buen puerto*

ÍNDICE

Prefacio · 11

La peregrinación hacia el oeste · 17

Una infancia china · 19

El dandy parisiense · 35

C.T. Loo, *citizen* Loo · 69

El «kahnweiler» del arte asiático · 101

El gusto Loo · 103

La consagración · 132

Una filantropía interesada · 165

Cuando cae el telón · 207

Una jubilación forzosa · 209

El fin: aislado en Francia · 241

Posteridad de C.T. Loo · 277

Agradecimientos · 285



Apsara, bajo relieve de piedra, China
Pagoda Paris ©Thierry Jacob

Prefacio

Octubre de 2006. Recibo una llamada inesperada. Los archivos de C.T. Loo, el mayor marchante de arte asiático de todos los tiempos, acaban de ser hallados por casualidad, cincuenta años después de su muerte, en el sótano de su galería parisiense. Es un secreto. Uno de sus nietos me invita a consultarlos allí mismo, en la pagoda roja de la rue de Courcelles, número 48. El hallazgo es excepcional: miles de páginas de correspondencia del anticuario con sus parientes, socios y clientes, y centenares de fotografías personales. El escrutinio dura semanas. Soy la primera persona que puede leer el conjunto.

Entonces da comienzo una formidable investigación de más de seis años. Educada en China, habiendo trabajado en las mismas ciudades que C.T. Loo –Shanghái, Pekín, París y Nueva York–, rápidamente ingreso en el universo de aquel chino, pese a que fue tan discreto e incluso manipulador cuando, hacia el final de su vida, intentó reescribir su historia. Los testigos directos son escasos, los rumores, numerosos. Hasta ahora sobre C.T. Loo no se ha podido escribir ningún libro: esta biografía es una primicia. El único testigo que aún vive –su hija Janine, de noventa y tres años– me ha abierto sin restricción sus maletas y me ha contado sus recuerdos, incluso los más dolorosos. Esas conversaciones me transportan a la intimidad de aquel padre al que ella

adoraba y al que le gustaría poder resucitar. Horas y horas de conversaciones completan las informaciones recogidas en los archivos inéditos de la «casa china», así como en las instituciones americanas y europeas que he visitado. Poco a poco los ocultamientos sobre la humildad de sus orígenes, los secretos de familia inconfesados sobre sus amores adúlteros, los sobreentendidos sobre la opacidad de su modo de actuar van aclarándose. El rompecabezas toma forma definitivamente cuando, en la misma ciudad de Shanghái, soy la primera que descubre sus orígenes familiares y reconstruye los primeros veinte años de la vida de aquel huérfano.

¿Quién es Ching Tsai Loo? El «Kahnweiler del arte asiático», por cuyas manos pasan durante más de medio siglo las piezas más extraordinarias. Gracias a él se forman las grandes colecciones particulares, la de los Gieseler, de Rockefeller hijo, de los Freer, de los Vanderbilt y también la de Gustavo V de Suecia, por citar sólo algunas. Las grandes instituciones, desde el Musée Guimet hasta el Metropolitan Museum, también se adaptan a sus preferencias. C.T. Loo aporta un nuevo gusto, o mejor dicho un gusto a secas, allí donde Occidente no conocía más que las «chinerías», esas bagatelas extrañas y bastardas que los hermanos Goncourt habían puesto de moda. Con C.T. Loo, europeos y americanos descubren «el verdadero arte chino», el fabricado por los chinos: la gran estatuaria, los frescos budistas, los jades y bronceos arcaicos. Su particularísima gestión también procura ser pedagógica: quiere iluminar. Aporta una nueva gramática para que el público pueda comprender un arte hasta entonces desconocido. Su galería se convierte en

un salón en el que los mayores conservadores, coleccionistas e investigadores de la época, los Chavannes, los Pelliot y los Salmony, se encuentran y dialogan. Sus catálogos, cuidadosamente elaborados y ricamente ilustrados, son verdaderas herramientas de referencia para los aficionados al arte asiático. Las obras maestras que ofrece a los museos, con cuyos conservadores a menudo traba una estrecha amistad, llenan salas enteras: ansía dar a conocer el arte chino.

Tras la respetada figura del gran marchante se oculta otra, muy controvertida. Nacido pobre en un sombrío pueblo de la cuenca del Yangtsé, ese hombrecito endeble, autodidacta, levanta un imperio comercial en tres continentes. ¿Su filantropía? La tapadera de una codicia desmedida. ¿Su vida privada? El complejo destino de un hombre lleno de contradicciones que ama a una mujer, pero se casa con su hija; que tiene cuatro hijas, pero actúa como si no las tuviera; que durante toda su vida mantiene a los miembros de su familia china, cuando supuestamente están todos muertos. También su vida profesional presenta numerosas contradicciones. C.T. Loo está orgulloso de China, pero saquea sus tesoros. Ama apasionadamente los monumentos artísticos, pero a menudo los deteriora durante las aventuradas operaciones de sustracción y transporte. Rebosante de intuición y de finura, ese camaleón humano atraviesa prácticamente sin obstáculos los períodos de la Revolución china de 1911 y las dos guerras mundiales, adaptándose a las circunstancias. El pánico se adueñará de él en 1949, cuando Mao Tse Tung llegue al poder, pues supone el fin de sus actividades. Sus so-

cios chinos, acosados, perseguidos, no tienen tiempo ni de sellar las últimas cajas. Uno tras otro, todos irán desapareciendo trágicamente. Pero Loo salva el pellejo.

El periplo eminentemente novelesco de este hombre fuera de lo común, balizado por los grandes acontecimientos de la historia, traza un retrato fascinante del mundo del arte durante la primera mitad del siglo xx, de sus eminentes figuras y de sus prácticas, entre París, Londres y Nueva York. Nos invita a reflexionar sobre ciertas grandes problemáticas del mercado del arte que hoy siguen estando de plena actualidad, especialmente el concepto de autenticidad y el papel de los marchantes en la preservación o la desaparición de las obras maestras. Honrado en Occidente por haber enriquecido fabulosamente las colecciones públicas, en China es aborrecido. A los ojos de los occidentales, ha salvado las piezas que le parecen mejores o más representativas de un determinado estilo. Para los chinos, en cambio, es un traidor que saquea los tesoros nacionales para venderlos a los «diablos extranjeros». Francia le condecora con la Legión de honor, China le condena a muerte.

Más allá de eso, la aventura de C.T. Loo arroja una luz sin precedentes sobre el encuentro de China con Occidente, que constituye un acontecimiento y un desafío fundamentales de nuestro siglo. Luce la coleta manchú cuando llega a París, pero se adapta con celeridad al mundo occidental sin por ello renunciar jamás a su país natal. «Camina sobre las dos piernas», como decía el Gran Timonel, adelantando la pierna

occidental y apoyando el peso del cuerpo en la otra, la china. Hasta el final, aunque la toma del poder por los comunistas le priva de toda posibilidad de regreso, este hombre que viste trajes con chaleco sigue siendo íntimamente chino. Jugador empedernido, frecuentador de hipódromos y de mesas de mah-jong, hace sus negocios «en familia», a puerta cerrada. Su red de relaciones, basada en la confianza y organizada en círculos concéntricos, privilegia al «clan», que incluye a la familia, los amigos, los habitantes de la misma provincia... y el conjunto de los chinos. El hombre que no manifiesta sus emociones no duda en retribuir a sus compañeros con regalos suntuosos. Infatigable, C.T. Loo es un trabajador perseverante y obstinado que cuando se permite un momento de descanso es sólo para tomar una sopa de fideos después de asistir a los cócteles mundanos.

Los nombres chinos y los lugares utilizan el sistema pinyin de romanización.

Los apellidos chinos siempre se escriben antes, seguidos del nombre.

Las fechas siguen el calendario occidental gregoriano.

Las traducciones de fragmentos de cartas son obra de la autora.

La peregrinación hacia el oeste



Retrato de C.T. Loo, *c.* 1930
Pagoda Paris ©Thierry Jacob

Una infancia china

LUJIADOU, ORÍGENES VERGONZANTES

Lujriadou es un sombrío poblachón perdido en medio del campo chino. Al norte de la provincia de Zhejiang, aproximadamente a trescientos kilómetros al oeste de la ciudad de Shanghái, la aldea apenas figura en los mapas. Tan pequeña es, que el propio C.T. Loo pretenderá haber nacido en una ciudad fortificada a algunas *li* de distancia, Huzhou.

Lujriadou es el «pueblo de la casa de los Lu», nido familiar del clan desde el siglo x. Abriga los *mi* del templo de los antepasados. En estas tabletas de madera que datan de la dinastía de los Song (960-1279) están inscritos todos los nacimientos y todos los fallecimientos de la familia. Nacido el 1 de febrero de 1880,¹ el que se hará llamar C.T. Loo pertenece a la decimosexta generación. Aparece en este árbol genealógico con su verdadero nombre, Lu Huan Wen. Como todos sus

1. Su verdadera edad no se sabe a ciencia cierta. La ausencia de tabletas familiares impide toda verificación. China no proporciona extractos de un acta de nacimiento. Sólo da fe el *jiakou*. Pero en el caso de C.T. Loo, este árbol genealógico ha desaparecido. De ahí la confusión sobre su verdadera fecha de nacimiento. Loo dice haber nacido el 1 de febrero de 1880, pero en su pasaporte y en el informe para la propuesta de concesión de la Legión de honor figura 1881. Aunque es cierto que en China, los niños el día que nacen ya tienen un año de edad.

primos, lleva primero el apellido Huan. En cambio su padre, Lu Ching Sze, era de la generación de los Ching. El nombre Wen –«pedir»– impuesto, conforme a las tradiciones chinas, al cabo de un mes de su nacimiento, carece de toda ambición y poesía. Traiciona la falta de educación y sin duda de imaginación de un padre que se inclinaba poco a soñar en un futuro para su hijo, aunque fuera el mayor, más allá de los caminos trillados. Es un nombre que ya de entrada denota orígenes populares.

Los aproximadamente doscientos habitantes apenas educados –todos Lu– viven modestamente de la producción de seda. Según C.T. Loo, no fue siempre así. Descendía de una familia ilustrada que «prosperó», pero desgraciadamente la revuelta de los Taiping (1851-1864) les arruinó. Según las notas póstumas, su familia tuvo unos orígenes dobles:

Al principio formaban parte de la clase intelectual, ocupaban puestos distinguidos en la Corte [...] Después, los otros miembros de mi familia obtenían sus salarios en el comercio de aceite de soja que se utilizaba para alumbrar las lámparas o para alimentar las cocinas de los más pobres. Con la sede social en Niu-chang (Manchuria), los aceites preciosos eran transportados al sur en barcos.

C.T. Loo, «el Chino», también pretende ligar su genealogía con las de las familias más prestigiosas de la región, las que produjeron *jin shi*, laureados en las oposiciones imperiales que se convirtieron en mandarines de primer nivel. La ausencia de todo signo externo de

ese éxito procedería, según él, del hecho de que el pueblo fue arrasado en el curso de aquella terrible revuelta campesina. El templo familiar, que abrigaba las tabletas ancestrales, así como las estelas que tenían grabados los nombres de aquellos distinguidos letrados, se convirtió en humo. Con gran aplomo, el Chino explica:

Mi familia perdió su negocio, su estatuto y sus tierras, huyó a Shanghái, y cuando regresó a su tierra natal, se encontró con que sus tierras estaban ocupadas legalmente por campesinos que las habían cultivado durante tres años. Finalmente, mi familia pudo recuperar sólo una pequeña parte de sus tierras, donde tenía sus tumbas ancestrales, que demostraban que le pertenecían.

Para C.T. Loo, el tema de sus orígenes será espinoso hasta el final. Lo eludirá sistemáticamente, repitiendo: «Todos han muerto». Mientras otros se jactan de sus orígenes modestos para que su éxito destaque aún más, él siempre se avergonzará de ellos. Los vivirá como una tara y procurará ocultarlos minuciosamente. Él está convencido de que el ambiente sencillo del que procede no puede inspirar respeto a nadie.

Esa infancia sencilla se alimentó de las tradiciones confucianas. Los Lu viven en sintonía con las costumbres ancestrales que los campesinos se transmiten oralmente desde hace generaciones. A su más tierna edad, Huan Wen adopta cada 4 de abril, día de la fiesta de los muertos, la costumbre de unirse a los demás miembros masculinos del clan para celebrar el culto de los antepasados. Es su religión. A ese día en que los

vivos festejan a los muertos, las mujeres y las muchachas no están invitadas. Padres e hijos se reúnen en el punto más elevado del pueblo, a la orilla del agua, para venerar a sus difuntos. El niño se une al cortejo y camina en silencio a lo largo del caminito de tierra que costea las casas. Participa en la limpieza del lugar y arranca las hierbas con los suyos. Imita a sus mayores haciendo *ketou*. Se prosterna con las manos juntas ante las tabletas –hoy desaparecidas– de cada antepasado. Elegido por los geománticos por la armonía de los elementos naturales, el lugar responde a las reglas del feng shui. Este lugar de devoción ocupa el centro de la vida cotidiana. C.T. Loo seguirá creyendo durante mucho tiempo en la superioridad de los varones que se le enseñó en Lujriadou. Para los chinos, el nacimiento de un varón es una bendición. Para los afortunados padres, supone dos brazos más con que cultivar el campo. El padre y la madre tienen la garantía de que no envejecerán solos y de que su descendencia cuidará de ellos. La nuera –que no hay que demorarse en elegir– se convertirá en su *ayi*. Les servirá y les ayudará en las tareas domésticas.

Los Lu tienen «espíritu de clan». Bajo un mismo techo viven varias generaciones. El grado de parentesco entre los miembros no importa, todos forman parte del mismo grupo, y la piedad filial regula la vida cotidiana. Todos velan para que el altar de los antepasados a la entrada de la morada familiar esté permanentemente adornado con ofrendas. Es importante no faltar al respeto a los difuntos antepasados, cuyos retratos cuelgan sobre la consola de entrada. Los miembros del clan lo

comparten todo: el trabajo, la vivienda, las comidas y las diversiones. Los hombres pasan largas horas jugando al mah-jong o a las cartas. Los hay que pierden el jornal. El padre de C.T. Loo perderá la vida. En cuanto a los niños, prefieren salir en grupo a pasear por el río Sanjiao-yang, que atraviesa el pueblo. Las escapadas en barca por el famoso lago Taihu, celebrado por los poetas por la belleza de sus paisajes, les unirán para siempre. Las partidas al escondite en las pagodas de los alrededores dejarán una honda huella en C.T. Loo.

El ruido monótono de los telares de tejer la seda marca el ritmo de los días. Es la forma en que los suyos se ganan la vida. A los ojos del niño, representa una manera de cultivarse. Su sentido innato de la observación le lleva, muy rápidamente, a comprender el proceso de fabricación de esta fibra textil inventada por sus compatriotas hace cuatro mil años.

EL DRAMA FAMILIAR

Huan Wen sabe lo que significa partir. Cada día contempla desde la ventana de su casa la carga de la seda que se venderá en las ciudades cercanas. Las barcas de los comerciantes, amarradas a pocos metros de su casa, zarpan a diario del angosto muelle de Lujiadou. El joven chino se entretiene siguiéndolas con la mirada hasta que desaparecen en el horizonte. La invitación al viaje está ahí.

Pero nada le ha preparado para el adiós casi simultáneo de sus padres. Desde que nació, ve a su padre, Lu Ching Sze, fumando sus pipas de opio, desplomado sobre el *kang* de la casa. Sin duda, procura olvidar